

EL NIÑO NO JUZGA

Julio Figar O.P.

Charla en el locutorio de las dominicas contemplativas de Ajofrín (Toledo)

27.11.81

El Señor nos recuerda que nos ama. Cada día necesitamos saber esto, al menos yo lo necesito todos los días: que nos ama, nos ama. Por que es algo tan grande y, a veces, tan difícil de creer, tan difícil de aceptar... Es fácil de creer con la mente, pero difícil de aceptar con el corazón que está lleno de miseria, de mucha miseria. La palabra siempre nos encuentra con miseria en el corazón. Cada día es una novedad: “te amo, no temas, yo te amo, yo te amo, levántate, levántate”.

Si el Señor ha pronunciado esta palabra, si esta palabra es de Dios, quiere decir que la necesitamos, es decir, que necesitamos levantarnos, que hay algo dentro de nosotros que está caído. El peso de nuestros pecados siempre nos deja tristes, nos tira para abajo. Y el Señor de nuevo: “levántate, levántate, ven, levántate, dámelo todo”.

A veces sucede, porque Dios lo permite, que podemos sentirnos tan culpables que incluso pensemos que Él nos juzga, que nos va a juzgar, que nos va a rechazar. El sentimiento del rechazo de Dios, es algo que creo que, de algún modo, todos hemos experimentado. Es un sentimiento de pesar: ¿Dios puede fijarse en mí, siendo así? Tenemos la experiencia de juzgarnos, condenándonos a nosotros mismos, y también la experiencia de ser juzgados por los demás. Somos así: o nos condenamos a nosotros mismos o nos condenan, nos juzgan. Esto siempre ha sido así en toda nuestra vida desde pequeños, aun en cosas leves. Y esto siempre lo proyectamos sobre Dios,...y allá en el fondo de nuestro ser pensamos: ¿me puede amar a mí? Aun cuando sentimos que Él se está acercando mucho a nosotros, sigue pesando ese juicio: ¿puede a mí?

Yo creo que voy a entender esta navidad de una manera nueva, distinta de como la entendía otras veces.

Una vez, en un oratorio, estaba una persona que se sentía rechazada por Dios. Sentía el peso de sus pecados e infidelidades tan grande, que se veía rechazada por Dios. No había forma de hacerle comprender que Dios es misericordia. Otra persona se levantó, cogió un niño Jesús que había allí y se lo puso en sus manos diciéndole: “mira, mira a ver si este Niño es capaz de juzgarte... ¿tú crees que este Niño te puede juzgar?”. El hecho de que Dios se haga niño significa que Él nos ama sobre todo, por encima de

todo. Y en esos momentos difíciles en los que los días parecen noches, es bueno mirar a ese Niño y saber que no nos acusa. Un niño sólo sabe mirar y sonreír.

Muchas veces decimos: “Señor, te entrego toda mi vida”, pero la mayoría de las veces no es cierto. No es cierto porque retenemos nuestros sentimientos y penas para compadecernos a nosotros mismos. No tenemos derecho a padecer con nuestros sufrimientos porque ya no son nuestros. Esto nos hace ricos y Dios quiere que seamos pobres. Ni siquiera la riqueza de nuestro sufrimiento. He pasado mucho tiempo de mi vida compadeciéndome y también me gustaba que me compadecieran. Siempre que pecaba, siempre que me sentía triste, me compadecía, y mi oración era eso, una autocompasión, y mis lágrimas, eran lágrimas que derramaba sobre mí mismo, hasta que el Señor me dijo que eso no me pertenecía, que el dueño era Él, que debía de vaciarme de todo eso. No tenemos nada. Nuestros dones son del Señor porque Él nos los ha regalado. Y nuestra miseria también es del Señor, porque Él la ha tomado sobre sí. En la vida espiritual siempre hay este riesgo de compadecerse. “Señor qué pena que soy así”. Y otras quejas derramadas sobre uno. No tenemos derecho a eso.

También muchas veces deseamos poseer: poseer bondad, ser pobres, querer ser santos, ser humildes, y queremos encontrar esto en nosotros, y nos cansamos y nos fatigamos por conseguirlo y al final nunca lo conseguimos. Esto nos hace sufrir bastante. Pero el Señor nos dice que la pobreza, la santidad, la humildad, no están en nosotros, están en Él, están en Él, están en Él, Él es el Santo. Si estuvieran en nosotros, estaríamos de nuevo mirándonos a nosotros mismos y nos buscaríamos de nuevo, lo centraríamos todo en nosotros. Pensamos que la santidad es encontrar dentro de uno mismo la pobreza, la sencillez y la humildad. Esto es otra forma de mirarse uno a sí mismo y de ser el centro de todo. La santidad no está en nosotros, está en Él. En nosotros sólo hay una realidad que es la que descubrimos: pecado. No es que cometamos pecados, aunque haya muchos en nuestra vida; hay algo mucho más radical que los pecados y es el pecado. Pues bien, no nos asuste nuestro pecado; porque cuanto más descubrimos nuestra debilidad, más podemos experimentar su misericordia.

Yo también vivía en tensión porque quería ser pobre. Pero no me daba cuenta de que yo lo buscaba en mí. Si lo hubiese conseguido me hubiera adorado a mí mismo. El Señor también me hizo comprender que no estaba en mí, que la pobreza está en Él, y que lo que tenía que hacer era contemplar su pobreza, adorar su pobreza, Él es el pobre, Él es el Santo. Por eso no nos fatiguemos buscando realizarnos nosotros. Abandonemos la lucha y la tensión.

Él es. Incluso nuestro sufrimiento, no es nuestro sufrimiento. Esto para mí es muy difícil de explicar. No lo puedo entender con la mente, pero sí se puede entender en el espíritu. Cuando pensamos que lo que nos sucede y nos hace sufrir es nuestro, tendemos a compadecernos, pero cuando nos damos cuenta que es la encarnación del sufrimiento de Cristo en nosotros, entonces todo cambia. Es Él el que sufre. No hay ningún dolor que yo padezca que Él no haya conocido y experimentado y depositado todo en su ser. No tengo derecho ni siquiera el dolor, al sufrimiento, porque no es mío.

Bueno, pues...

¡Gloria al Señor!